



Ariel entre Próspero y Calibán

por Jorge Alberto Manrique

Ha aparecido un breve pero enjundioso ensayo de Fernández Retamar,* que constituye una reflexión aguda y consciente sobre la cultura latinoamericana. Texto polémico, por otra parte, violentamente polémico. No precisamente sistemático, como ya lo anuncia el subtítulo (“apuntes sobre la cultura en nuestra América”) y como lo indica explícitamente el autor: “Estas páginas son sólo unos apuntes en que resumo opiniones anteriores y esbozo otras para la discusión sobre la cultura en nuestra América.”

Se trata, pues, de una reflexión más sobre la realidad, la identidad y el sentido de una cultura de América Latina. Al decir “una reflexión más” no es mi intención, en lo más mínimo, disminuir su importancia: entiendo que esa inquisición sobre la naturaleza de una cultura de los países iberoamericanos, que se pregunta por su misma realidad y por su posibilidad futura de ser, es una de las aportaciones mayores de nuestro ámbito a lo que pudiéramos llamar “la cultura humana”, en tanto que es una forma de inquirir sobre el ser propio. En el caso de Fernández Retamar, su intervención en este eterno debate que nos constituye tiene una trascendencia peculiar, no sólo por su solidez intelectual, sino por la situación especial en que se encuentra, como partícipe de la revolución cubana.

El ensayo toma pie en una pregunta hecha al mismo Fernández Retamar por “un periodista europeo”. Es la pregunta que cualquier hombre fuera de nuestra realidad puede hacerse, como resultado de una curiosidad intelectual o aun quizá con la pretensión de “orientarnos con piadosa solicitud” (según la bonita expresión del autor); pregunta que nosotros, en cambio, nos hacemos hace siglos con un profundo sentido existencial, algo en que nos va la vida: “¿existe una cultura latinoamericana?” Fernández Retamar toma desde el primer momento el toro por los cuernos al decir que podría enunciarse también así: “¿existen ustedes?” (o sea, visto desde el otro lado, ¿existimos?), con lo que coloca el asunto en una dimensión mucho más amplia y mucho más profunda, que creo que es la que le corresponde. Sus apuntes sobre la cultura son, pues, y así deben

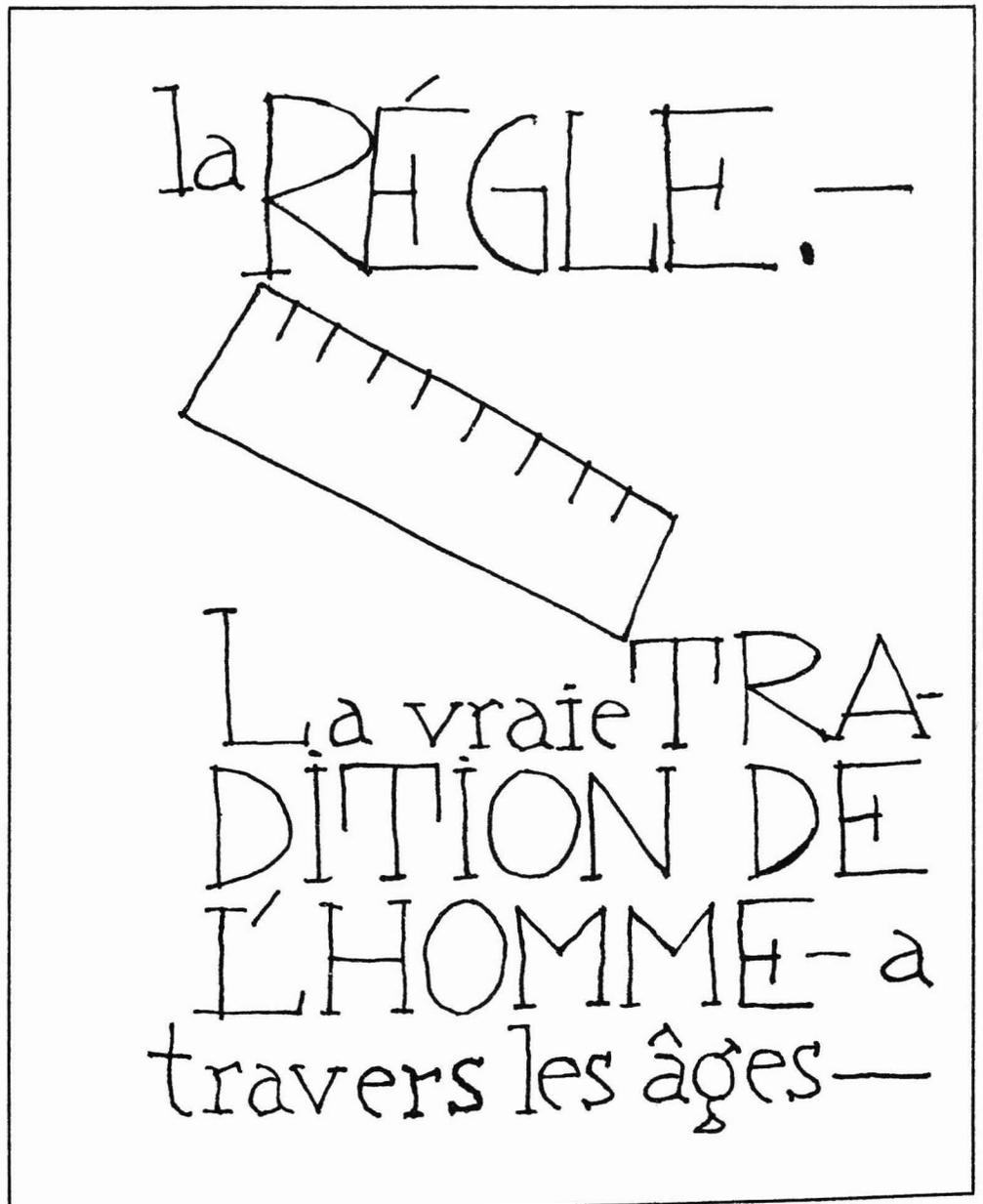
entenderse, apuntes sobre el ser latinoamericano.

Para adentrarse en la cuestión parte de una manera de enunciar la realidad latinoamericana que toma, glosándolo, de un texto de Martí: América Latina es *mestiza* (“nuestra América mestiza”, dijo el prócer). Fernández Retamar entiende ese mestizaje en sentido cultural y de ninguna manera racial, pero insiste en él como punto de apoyo, porque encuentra que, mientras lo mestizo en otras partes es el accidente, en nosotros viene a ser “la esencia, la línea central”.

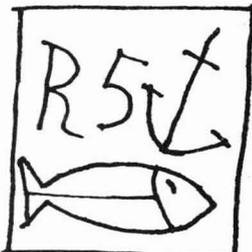
Nosotros nos manejamos con la lengua del conquistador —del colonizador, dice él—, y con sus instrumentos conceptuales que, esto es lo importante, “ya son nuestros”. (Por mi parte quitaría ese *ya* a la expresión, porque considero que desde el primer momento fueron nuestros, que no hubo un proceso de apropiación, sino que los tuvimos desde el principio y luego participamos en un proceso de transformación de tales instrumentos). Al manejarnos así lo hacemos como el Calibán de *La tempestad* de Shakespeare, que ha aprendido la lengua del colonizador Próspero y la utiliza para maldecirlo: “You tought me language, and my profit on’t / Is, I know how to curse. The red plague rid you / for learning me your language!”

Sentado este punto de partida, Fernández Retamar acude a un comentario sobre el mito de Calibán, el bárbaro instruido por su opresor (caníbal-caribe-Calibán), en su recorrido que va desde Colón a Tomás Moro, a Montaigne, hasta tomar la forma definitiva del personaje shakespeariano. Después sigue el proceso de la utilización del mito como instrumento explicativo, desde Ernest Renan hasta Fanon y Aimé Césaire. Concluye, en fin, encontrando que el símbolo nuestro no es Ariel, la criatura aérea, como pensaba Rodó, sino Calibán, el bárbaro rebelde. Rodó habría entendido el problema de la manumisión frente al amo venido de fuera, pero habría equivocado los símbolos. Ariel no es solamente el espíritu, sino el espíritu dependiente de Próspero, colonizador-destructor; Calibán, en cambio, es el bárbaro esclavizado que, una vez aprendido el lenguaje de Próspero, lo utiliza para maldecirlo: Ariel —y esto es lo importante en la postura de Fernández Retamar— debe seguir a Calibán, porque él mismo no es un valor, y puede ser positivo o negativo según el amo al que sirva.

El ensayo sigue discuriendo por algunos casos ejemplares de “calibanismo” o “arielismo” (barbarie y civilización), entre los que destacan los polos de Martí y Sarmiento; éste, aparte sus indudables méritos y virtudes, no escapa a la fascinación de



* Roberto Fernández Retamar: *Calibán: apuntes sobre la cultura en nuestra América*, México, Diógenes, 1971. 108 pp.

Devrait être cette
 tradition de la
 RAISON,
 Une lettre - un
 signe gravé sur
 une pierre -

 voilà quelque cho-

Próspero y se le vende, con lo que acepta su postura colonial de subordinado.

Parte importante del libro de Fernández Retamar es una doble polémica contra Borges y Carlos Fuentes. Borges, con toda su cultura y toda su calidad, es para él el escritor "colonial", necesitado de leer *toda* la Europa, y capaz sólo de glosar con arte esa lectura. Su obra vendría a ser así "el testamento atormentado de una clase sin salida" (la burguesía deslumbrada por los valores ajenos), negadora de su propia realidad. Encuentra así una coincidencia lógica entre las lamentables posturas políticas de Borges y su postura literaria: ambas son expresión de una misma textura. (Cabría recordar, según el mismo Borges lo ha dicho, que él asume, frente a esa lectura de Europa, una postura socarrona de franco tirador, una actitud "desde fuera"; de eso está hecho lo mejor de su obra: y en eso podría reconocerse una actitud de Calibán. Que cada quien tiene sus respuestas, y vale la pena tratar de entenderlas.)

A Carlos Fuentes lo trata, desde luego, con mucho menos respeto. El último Fuentes, especialmente el de *La nueva novela hispanoamericana* le parece deseoso de apantallar con temas de moda en Europa, mal digeridos (lingüística, estructuralismo), a los "bárbaros" latinoamericanos. Así se convierte en instrumento de un Próspero

literario que se presentara como redentor de Calibán; en suma la suya le parece, bajo capa de modernidad e izquierdismo, la expresión más reciente de la vieja tesis de "civilización -buena- y barbarie -mala-".

Inútil es decir aquí que la crítica de Fernández Retamar está montada en buena parte sobre la actitud política o pública de sus criticados: su postura es que la literatura y la actitud son algo indisoluble e interdependiente; si la actitud de un hombre en un momento dado es mala, su obra queda instantáneamente teñida por ese pecado. Una y otra son manifestación de un individuo indivisible. Imaginar, sin embargo, esos hombres de una pieza, tiene sus bemoles, por lo menos así lo ve quien puede comprender la ambigüedad humana; valdría la pena preguntar si, a la inversa, el pecado literario, artístico o cultural no tiñe también las otras acciones. Quizá en estricta consecuencia habría que aceptar que sí.

Fernández Retamar encuentra una relación indisoluble entre revolución y cultura. "Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros", había dicho Alfonso Reyes en 1936, y él reconoce ese muy pronto en el año de 1959 en que llega al poder la revolución cubana. Los hitos premonitorios de la cultura que entonces adviene no son obras literarias, artísticas o filosóficas, sino movimientos sociales y políticos. Ariel, en

fin, en nuestros días debe romper su contubernio con Próspero para establecer la nueva alianza con Calibán: servir a éste será su verdadera realización. Ya en este punto, Fernández Retamar puede dar sentido, a la luz de la tesis del símbolo de Calibán, a las palabras de Fidel Castro: "...valoramos las creaciones literarias y artísticas en función de lo que aporten a la reivindicación del hombre...", "no puede haber valor estético contra la justicia, contra el bienestar, contra la felicidad del hombre", o bien: "dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada".

Tres puntos no me parecen suficientemente convincentes del ensayo de Fernández Retamar:

Por un lado la identificación entre valor cultural y actitud política, no tanto porque en el fondo no pueda ser cierta, sino porque se presta a tomar lo "político" en un sentido burdo y circunstancial, que deja la entrada a juicios muy poco matizados. En el extremo, el hecho de haber o no haber firmado tal o cual manifiesto, de haber o no haber participado en tal o cual acción, sería capaz de desvalorizar todo el esfuerzo artístico o filosófico de un individuo. Cada quien ha dado sus respuestas -explícitas, en ensayos, o implícitas, en obras- a la pregunta sobre la cultura americana, y (yo por lo menos) no me siento con derecho a dudar de su honradez ni a negarme a un esfuerzo honrado por entenderlas.

Por otra parte, la idea de que la "verdadera" cultura latinoamericana se inicia ahora, ahí donde se ha conseguido (para quien coincide con Fernández Retamar) la definitiva liberación de Calibán, niega por fuerza la producción latinoamericana desde el siglo XVI hasta ahora, o la reduce, según su signo político (y con la excepción de Martí, convertido -perdón por la falta de respeto- en verdadero santón infalible) a un mero antecedente. No puedo aceptar esa desvalorización, sea de Sor Juana Inés, del Aleijadinho, de Andrés Bello, José María Velasco, Torres García y tantos y tantos otros. Aun aceptando la magnitud que se quiera dar al fenómeno actual, no puedo entenderlo como definitivo, sino como un momento más en un proceso en que nos hemos ido definiendo (y nos seguiremos definiendo) y al hacerlo hemos ido siendo. Y tan válido en el siglo XVII como hoy día.

En fin, la identificación entre revolución y cultura no deja de intranquilizarme, porque ¿quién decide o decidirá eventualmente cuándo un valor estético está "contra" la justicia, el bienestar o la felicidad?

Libro no sistemático, pero mucho muy coherente en su contenido, inteligente y agudo, imaginativo y recio en sus tomas de posición, el de Fernández Retamar agrega una nota resonante y "calibanesca" a la inquisición sobre la naturaleza de la cultura americana y con ello -como el autor lo dice tan claramente- sobre la esencia misma de lo americano. El libro constituye, implícita y explícitamente, una invitación a la discusión: vaya este comentario como una primera respuesta. O mucho me equivoco o de él se hablará largo rato.